

LIBROS

Presencia de Vicente Aleixandre

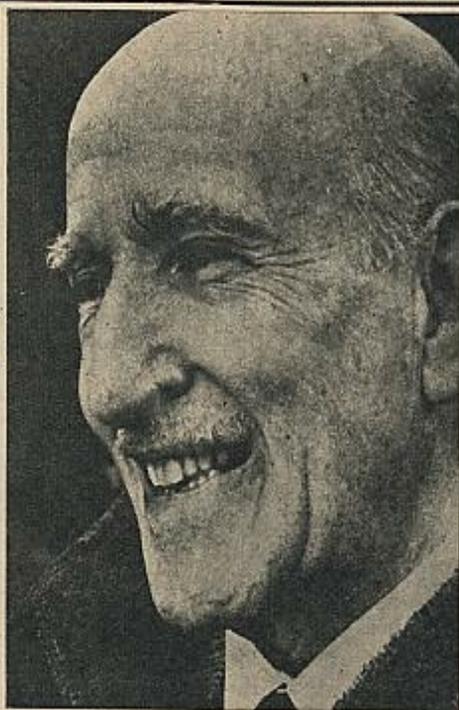
Desde la tragedia de la guerra civil, la «presencia» de Vicente Aleixandre en el panorama cultural español ha significado la fe de vida de la poesía. La publicación de *Sombra del paraíso*, en 1944, significó mucho más que el reencuentro con un poeta singular en todos los sentidos; fue también el primer libro publicado en la España de la posguerra, debido a uno de los maestros de la generación del 27, el único del grupo que, siguiendo con vida y en su patria, había mantenido durante todo el conflicto y en los difíciles años de la posguerra una postura clara y unívoca. El acontecimiento era, pues, único también. Las nuevas generaciones que intentaban la creación de una poética que llevara la verdad por delante encontraron en Aleixandre un ejemplo decisivo. Ejemplo que se ha ido manteniendo felizmente a lo largo de todos los años transcurridos hasta hoy mismo.

Tan joven, puro e inocente como el más bi-sión de los poetas que a través de varias promociones le han presentado sus versos primeros, Vicente Aleixandre ha sabido, a lo ancho de toda su obra, conjugar a la perfección obra y vida, vida y verdad. Y al mismo tiempo ha logrado, gracias a un trabajo casi artesanal, por lo que tiene de rigor, de cuidado y de esfuerzo material, que su obra sancionara, cuando no señalara, los nuevos y sucesivos

caminos por los que debía transitar la poesía española del segundo tercio de nuestro siglo. Cada libro cerraba una etapa e iniciaba otra. Cada uno de los versos alexandrinados ha sido, y es, una fidelidad múltiple: a la vida, a su tiempo, a la necesaria verdad que debe iluminarlo. Así sucede también con su nuevo y, por ahora, último libro: *Diálogos del conocimiento* (1).

Dividido en siete apartados, que a su vez contienen catorce diálogos, este libro de Aleixandre participa de todos los grandes temas de la poesía anterior del poeta. Desde el desencanto humano de su libro inmediatamente anterior, *Poemas de la consumación*, hasta el panteísmo y surrealismo de sus libros mayores; el citado *Sombra del paraíso*, *Espadas como lablos* y *La destrucción o el amor*; así como del contacto directo con la realidad vivida que caracterizaba *Historia del corazón*. Cada uno de los diálogos ilustra una determinada concepción filosófica a través de una acabada y perfecta expresión poética. Aleixandre apura hasta el fin su propia teoría: «Poesía es comunicación». Esta pasión perenne por una comunicación absoluta, no por imposible menos perseguida y deseada, da paso franco a la verdad única de una poesía que se justifica —si es que la poesía necesita justificación— por su propia existencia y presencia. Una somera descripción de los temas tratados en los diálogos del libro nos ilustra suficientemente lo anterior: la guerra considerada como subversión del orden natural, enfrentando a la razón contra el sentimiento, negando la inmortalidad y hasta el futuro;

(1) Plaza & Janés, editores. Barcelona, 1974.



el amor y la muerte como conceptos contrarios y, al mismo tiempo, complementarios, imposibles el uno sin el otro; la castidad narcisista, que sólo adquiere sentido —humanidad— ante la incitación sexual, ante la presencia brillantemente insinuada del sexo; la luz y la sombra como símbolos de la vida y la muerte, solitarias ambas; el «ser para la muerte» (casi el «ser para la nada» existencialista), conocimiento que conduce al fanatismo y al terror, en uno de los poemas más impresionantes del libro: «El inquisidor, ante el espejo»; el mundo como fuente de decepciones, y como fuente de vida e ideas; los contrasentidos y paradojas de la existencia toda, en definitiva.

Aleixandre ha escrito el libro mediante unos «diálogos» de diverso signo. Por una parte tenemos aquellos que responden a un enfrentamiento dialéctico entre dos o más concepciones divergentes entre sí; por otro, aquellos que representan una reflexión, donde el diálogo propiamente dicho

sólo se produce como desdoblamiento de un monólogo que crea su contrario; unos tercetos necesitan del lector para llegar a diálogos; los personajes se expresan mediante monólogos interiores, a los que el lector debe dar la respuesta y crear la tensión dialéctica que todo diálogo comporta. Uno de los rasgos más sobresalientes de la sabiduría poética de Vicente Aleixandre consiste precisamente en esa incitación constante al lector, en ese imperativo modo de hacerle participar en la creación del poema, que semeja estar inconcluso, a la espera del aliento que le dé vida total. Porque si «poesía es comunicación», esta comunicación sólo será posible mediante el conocimiento. En pos del conocimiento.

Inútil pretensión fuera intentar ahora un análisis de las bondades formales de la poesía de Aleixandre, sobradamente manifiestas en toda su obra, y que cobran especiales e inéditas características en este libro concreto. «Padre del verso libre en la poesía española», se

le ha llamado, y justamente; pocos como él han sabido dotar a la palabra de tanta tensión y significaciones polivalentes. Un verso libre que, en rigor, no es tal, por cuanto se sujeta siempre a las necesidades de un ritmo rigurosísimo, en cuya observancia entiende Aleixandre se encuentra la esencia de la poesía. No se trata de una sumisión completa a la regularidad de la entonación, ya que su medida es antes de compás que de sílabas, sino de la explotación sistemática y completa de los recursos que ofrece el idioma, con un conocimiento profundo de la semántica, la filología y la prosodia de una lengua rica y experimentada en tradición poética.

El tono de la poesía de Vicente Aleixandre es noble. Siempre lo ha sido. Quizá, como dijera en cierta ocasión «Pere Quart», esto lleve a hacerla difícilmente soportable sin malestar. Pero las apariciones magistrales, las resonancias clásicas a que alude el gran poeta catalán, no son en Aleixandre una capa brillante para cubrir la pobreza interior, sino, por el contrario, la demostración de la aristocracia de un espíritu libre que se sabe hijo de la tradición. ■ MARTIN VILUMARA.

Las buenas intenciones

En su ensayo sobre la inteligencia liberal de *El poder americano y los nuevos mandarines*, Noam Chomsky puso al descubierto el sentido ideológico de una investigación social dispuesta a forzar la asociación entre el progreso tecnológico en los medios de conocimiento y la aceptación contrarrevolucionaria del sistema establecido. Lógicamente, el segundo aspecto se encubría bajo una pretensión manifiesta de objetividad, fundada en la

aplicación de una serie de criterios tales como la preferencia por opciones políticas intermedias, equilibradas y razonables, el rechazo de la violencia revolucionaria popular y la fijación como meta deseable del cambio social de un proceso gradual controlado por las élites que conocen las leyes de su desenvolvimiento. Esta «subordinación contrarrevolucionaria» del historiador o el sociólogo liberal, reflejada en la oposición a todo cambio que escapa al control de las élites, y, consecuentemente, frente a las acciones revolucionarias de la clase obrera, lleva incluso a la negativa de esbozar un análisis de las mismas que resulta sustituido por juicios de valor condenatorios en nombre de la supuesta objetividad. El ejemplo, para Chomsky, era el libro de Gabriel Jackson sobre la Segunda República y la guerra civil. El recuerdo se hace inevitable, y su actualización resulta notablemente agravada, en cuanto a rasgos negativos, por su menor calidad de conjunto, al enjuiciar la reciente publicación de los *Estudios sobre la República y la guerra civil española*, editados por el historiador inglés Raymond Carr, y con la participación de una serie de firmas conocidas, como Malefakis, Hugh Thomas, Bolten y Stanley Payne (1).

Con mayor o menor desviación, los estudios incluidos en el libro oscilan en torno al eje citado. No es ocioso contrastar, si por azar se tiene cerca el término de comparación, el capítulo de Stanley G. Payne con una versión precedente del mismo autor en *Los militares y la política en la España moderna*, libro suyo de 1967, con versión castellana, y en cuanto al

(1) Ediciones Ariel. Colección «Horas de España». Esplugues de Llobregat, 1973.

Zyx/sa

NOVEDADES

ZERO, S. A. Editorial

MATERIALISMO Y EMPIRICRITICISMO

V. I. Lenin

110 pesetas

Exposición del materialismo dialéctico y crítica del revisionismo marxista por su tentación de idealismo.

LA CAIDA DEL FASCISMO PORTUGUES

Eduardo G. Rico

50 pesetas

Análisis crítico del golpe de Estado portugués, antecedentes, contradicciones y perspectivas de futuro.

LEER A GRAMSCI

D. Grisoni y R. Maggiori

150 pesetas

Los análisis de Gramsci representan la única tentativa marxista de explicitar las modalidades del paso al socialismo en las sociedades capitalistas avanzadas.

ESCLAVITUD Y LIBERACION DE LA MUJER

J. Castellano

60 pesetas

Historia de la esclavitud de la mujer a través de todas las épocas. Su discriminación en la legislación actual. Caminos para su liberación.

EL ORIGEN DE LA FAMILIA, LA PROPIEDAD PRIVADA Y EL ESTADO

F. Engels

60 pesetas

Engels estudia las sociedades primitivas desde el punto de vista del materialismo dialéctico y afirma que los nuevos modos de producción y reproducción humana crean una nueva sociedad, cimentada en la familia, la propiedad privada y el Estado.

A. REDONDO, Editor

REGIONALISMO, BURGUESIA Y CULTURA

J. C. Mainer

130 pesetas

Estudio de dos momentos clave de la toma de conciencia regionalista de la burguesía a través de la significación de dos Revistas regionales.

LA INFLACION CAPITALISTA

J. C. Dallemagne

180 pesetas

Estudio de la inflación como expresión de las contradicciones del modo de producción capitalista.

LA ESCUELA CONTRA LA VIDA

E. Gilliard

80 pesetas

Duro ataque a la Escuela como instrumento de deformación de los niños.

ZYX, S. A. DISTRIBUCIONES, LÉRIDA, 80. Teléfono 279 71 99. MADRID-20.

Distribuidor exclusivo de ZERO, S. A. Editorial y A. REDONDO, Editor.

ensayo de Malefakis sobre los partidos de izquierda, es más bien un bosquejo inicial de una investigación en curso del autor sobre el socialismo en varios países mediterráneos que un análisis riguroso en la línea de su trabajo sobre la reforma agraria. De ahí que se sucedan en la exposición los momentos brillantes, como la elaboración de hipótesis sobre los posibles desenlaces del conflicto en 1936, y los menos afortunados, como las referencias tópicas a hombres e ideas de partidos socialistas y republicanos (también significativas: marxismo y estoicismo en Besteiro, caballeristas fanáticos y volubles, etcétera). La coherencia del discurso y una construcción inteligente no sirven para que «Los partidos de izquierda y la Segunda República» rebasen el nivel de un bosquejo bien elaborado. Aunque no pueda olvidarse su carácter de formulación inicial dentro de una investigación apenas comenzada.

En el extremo de la inadecuación en cuanto a planteamiento inicial, desarrollo y conclusiones se sitúa el ensayo de Richard Robinson sobre «La República y los partidos de la derecha». Para comenzar, a Robinson sólo le preocupa encontrar los responsables de la guerra civil: la creencia usual acusa a la derecha, al menos en Inglaterra, y él va a demostrar que los culpables fueron los socialistas. A este fin, sólo hace falta abordar un relato descriptivo, con la adjetivación conveniente. La simplificación siempre es útil, y así Robinson hace preceder sus pesquisas de una premisa inicial que resuelve todo de antemano: «En este ensayo, "la derecha" —escribe— (o las derechas) significa el conjunto de partidos y de individuos que vieron en la defensa de la

religión o de los intereses religiosos su tarea política fundamental; así es, por cierto, como se definieron en general los españoles de derechas en la década de los años 30». Puede así eludirse toda mención de conflictos económicos que pudieran enturbiar la imagen e incluso reducir el conflicto político a la variable definida como fundamental del anticlericalismo y a la consiguiente reacción defensiva. Claro, que, a pesar de todo, para que cuadre el balance hace falta pasar por alto la significación ideológica de Acción Nacional en su nacimiento de abril del 31, negarse a seguir siquiera la relación cronológica entre las pastorales y la política juzgada como anticlerical, fundir en un solo concepto anticlericalismo y laicismo y, no rozar en lo más mínimo un análisis de los planteamientos doctrinales de la Iglesia.

Sorprendentemente, el sesgo ideológico aparece con menor intensidad en los trabajos sobre la guerra civil. En especial, el escrito de Hugh Thomas sobre las colectivizaciones anarquistas representa una buena introducción al tema, para el sector agrario, aun con el grave inconveniente de no tener en cuenta las investigaciones de Bricall sobre la industria catalana colectivizada y prestar escasa atención a los aspectos normativos. No dice, pues, nada nuevo, pero permite apuntar con inteligencia líneas de futuras investigaciones. De los dos trabajos sobre las respectivas organizaciones militares, redactados por Ramón Salas Larrazábal y Ricardo de la Cierva, destaca el estudio del primero sobre el Ejército republicano. La información que proporciona el artículo es en todo momento considerable, aun cuando las líneas de interpretación general no

cuentan con un fundamento suficiente, forzado probablemente el autor a una síntesis prematura de lo que será su obra sobre el mismo tema, hoy en curso de publicación.

Como ejercicio lindante con el humor negro cabe recomendar la lectura del ensayo de Burnett Bolloten, «Los partidos de la izquierda y la guerra civil», comparándolo con las páginas que sobre el mismo tema ha publicado Ramón Tamames en la historia de Alianza-Alfaguara. Dejando al margen la documentación superior que maneja Bolloten, el contraste permite apreciar cómo unos mismos acontecimientos toleran dos relatos ideológicamente condicionados que, en su contradicción constante, pueden llegar a aparecer como complementarios. Lo que en Tamames era justificación acrítica del «orden» introducido en la zona republicana por el partido comunista, es en Bolloten crónica sustentada en numerosas citas acerca de la penetración del stalinismo, interpretación coherente en el ataque a la política agraria de Uribe (vid. Tamames sobre lo mismo), pero puesta al descubierto en cuanto a intención general por el caricaturesco remate, con apoyo en Gil-Robles y en el *Hombres made in Moscow*, de Enrique Castro Delgado. La única conclusión positiva es, consecuentemente, que la historia económica y política de la zona está por hacer, y aun por plantear, si bien el volumen de bibliografía disponible parece indicar otra cosa.

En cambio, nos parece sugestivo el ensayo de Robert H. Whealey, «La intervención extranjera en la guerra civil española», no sólo por haberse escrito apoyándose casi por entero en fuentes originales, sino por la saludable tendencia de sustituir la búsqueda de responsabilidades

por el esbozo de un modelo explicativo de la inserción del conflicto español en la coyuntura crítica europea de los años treinta. Sus estimaciones parecen fiables, y cabe suscribir la afirmación final de que el episodio español del 36-39 «expone todas las llagas de esa crisis e ilumina los problemas del nacionalismo, la democracia, el fascismo, el capitalismo, el comunismo...». La advertencia resulta oportuna si tenemos en cuenta la intención suavizadora de la introducción que a esta segunda parte del libro consagra Raymond Carr, haciendo deslizarse el encuadre internacional desde el ascenso de los movimientos totalitarios a una generalización sobre las repercusiones de nuestra guerra en las grandes potencias y en sus intelectuales. «La guerra civil española —escribe Carr— decidió el destino político de España. Restrospectivamente, su importancia para el mundo fuera de España parece simbólica y fuente de división interior». Análoga intención relativizadora —sustituyendo una vez más el análisis por la posición de «justo medio»— tienen sus consideraciones sobre las dos Españas, la republicana y la nacional, sin superar los lugares comunes sobre la política comunista de «antes guerra que revolución», las ventajas de la unidad de mando y el sentido social de Falange antes de abril de 1937.

En suma, estos *Estudios sobre la República y la guerra civil española* son sólo una pieza más de controversia sobre el tema —con las excepciones apuntadas— y un buen ejemplo de la capacidad de la historiografía para totalizar en las interpretaciones sobre un volumen de datos y una labor de análisis del todo insuficientes. ■ ANTONIO ELORZA.